

Como temían las enfermeras, mi padre empeoró. De las dos semanas que siguieron no hay mucho que pueda decir y nada que quiera: apenas que fueron monótonas, y que recuerdo apenas momentos. Recuerdo en especial una sensación que no desearía volver a sentir - la inspiración larga y pesada con la que intentaba llenarme de fuerzas cada vez que cruzaba la puerta de la habitación donde mi padre moría. Cada vez que cruzaba el umbral que separaba los pasillos estériles e iluminados de la pieza donde un velador esbozaba contra la almohada lo que resistía del rostro de mi padre, cada vez que bajaba de los colectivos (los pocos días normales) o de los taxis (la más de las veces, cuando llegaba a las corridas tras un llamado de urgencia) y dejaba la calle donde miles de porteños seguían sus vidas ignorantes de la vida que se consumía dentro del hospital, cada vez que lograba hablar o pensar en alguna otra cosa para luego volver a enfocar mis ojos en alguno de los aparatos que anticipaban en sus pulsos cada vez más débiles el final de los apagados pulsos de mi padre, en cada uno de esos momentos una misma inspiración me llenaba el cuerpo, quería cargarlo de algo que se extinguía en el aire, intentaba inflar el pecho, pero no llegaba siquiera a sostener los hombros - y luego la caída, la contracción, una vez más resignarse. Ese acto reflejo, como el buey que baja la cabeza para empujar el arado unos metros más, como el escorpión mientras envenena al animal que lo lleva a través del río, era la suma de todo lo que trajo la determinación de quedarme junto a mi padre, el gesto que intentó sostener la fuerza que Dolores y yo sacábamos de donde no la había para soportar golpe tras golpe sin dejar nuestro puesto por un segundo, sin mostrar nada cuando mi padre estaba consciente, sin aceptar ayuda de otras

personas ni dejar de cuidar a mis abuelos de los detalles más oscuros.

Por momentos me veo llorar junto a la cama de mi padre mientras Dolores ensaya alguna forma de consuelo; por momentos es ella quien llora mientras yo intento consolarla; por momentos, los dos quedamos sin consuelo. Hubo muchas llamadas a México, las muchas oportunidades que creímos eran las últimas, y hubo en esas llamadas reclamos de Julieta que quería subir al primer avión, y pedidos míos y de mi madre para que no lo hiciera, para que se quedara con el recuerdo de las vacaciones en Cuba y no con ese cuerpo que en su caída condenaba a nuestro padre. Hubo momentos en los que él pensaba en el futuro y prometía visitarnos "cuando estuviera mejor", y otros en los que se lamentaba porque nunca llegaría a conocer a Carmen ni a ver el casamiento de Julieta. Hubo una última llamada telefónica a mi madre, una conversación en la que Dolores y yo nos retiramos de la habitación y que nadie volvió a mencionar. Hubo momentos en los que, más para distraerme que para reencontrarme con Buenos Aires, salí a caminar por las calles del centro de la ciudad, y mi tío me llevó incluso a recorrer los barrios que Juan de Boedo debía mostrar a los turistas: no miré demasiado por las ventanillas del auto, enfrascado en alguna conversación con mi tío sobre cosas que en ese momento resultaron más importantes. Hubo alguna cena con los padres de mi madre, con los que no conseguí establecer ningún tipo de relación.

Hubo, durante dos semanas, lo más intenso de todo aquello que no tuvimos en todos los años lejos de mi padre, y aunque no lo dijimos hubo un último reencontro, y aunque no lo quisimos hubo una última separación.

De: juandeboedo@gentebaires.com.ar

A: maga@gentebaires.com.ar, tano@gentebaires.com.ar

Asunto: Viaje

Nunca pensé que les fuera a decir esto, pero adios muchachos. Nos vamos. Mi suegro salió del hospital, en Córdoba, pero necesita de más cuidados de los que le puede dar su mujer. La historia es larga, ella hace rato que quiere volverse y yo no quiero saber nada con que me muevan de Boedo: por eso peleamos tanto, por eso nos separamos. Pero por más pegado que esté al barrio hay cosas que tienen que importar más, al final yo podría haber nacido en cualquier otra parte pero a mi mujer la elegí, y a mi familia la hice con ella.

No les digo que no va a ser jodido, pero si nos vamos ahora estamos a tiempo de conseguir colegio para los chicos, y en el trabajo que me consiguieron haciendo entregas para una granja de la zona empiezo la semana que viene. No estoy loco de contento, pero tampoco voy a largarme a llorar: en definitiva, no importa a dónde vaya, lo que importa es que lleve mis discos, mis fotos, pero sobre todo a mi gente. Las broncas mejor las dejo acá, porque si nos vamos es porque acá ya no se puede vivir, acá no tenemos futuro. Dentro de unos años mis pibes se van a acordar de Boedo y de donde sea que vayamos a vivir, y van a ser mejores que nosotros porque no van a estar tan atados a un pedazo de tierra, no van a quedarse pegados al recuerdo de una calle que se parece a cualquier otra calle y a un barrio que bien podría ser cualquier otro

barrio. Van a ser mejores porque van a estar bien donde estén, y van a poder elegir sus lugares. Imaginate si todo fuera así de fácil, si de pibes pudiéramos sentirnos bien donde estamos y pudiéramos movernos sin tanto problema.

De ustedes me llevo nomás el recuerdo, porque la computadora la vamos a hacer guita y allá no creo que podamos comprar una nueva al menos por un tiempo. Si en algún momento reciben un mensaje mío, o se toman un taxi y la charla que les da el tipo les resulta conocida, es que volví, pero por ahora les tengo que decir hasta luego, o mejor, hasta siempre.

Los últimos días de las últimas dos semanas en Buenos Aires fueron quizás la parte más previsible, lo único para lo que podía haberme preparado desde DF: se trataba de una cuestión de tiempo, y pasado cierto punto ni siquiera de eso. Hay un momento casi solemne que sigue al dolor, una calma después de la tormenta: de madrugada, mientras el rostro de mi padre se volvía plácido, comprendimos que era la despedida. Tardamos varios minutos en reaccionar, y no sé si fue Dolores o yo quien hundió la cara en el pecho del que hasta entonces había sido mi padre. Comprendí que lo que duele no es lo que pasó sino lo que no va a pasar, las veces que no vas a encontrarte con tu padre, las cosas que no le podrás contar, las discusiones que no podrás tener, ese pedazo entero de tu futuro que se arranca de un solo golpe y te deja hueco. En el fondo, nunca lloramos por otra cosa que por nosotros mismos, egoístas aún en el dolor, en el dolor más que nunca.

Volví a México la misma tarde del entierro, en el único vuelo de mi aerolínea que partía en esa semana. El viaje de vuelta fue tan intolerable como el de ida en sus escalas y demoras, pero el velatorio y el funeral me habían dejado en anestesia. En Lázaro Cárdenas lloré junto con mi madre y Julieta las primeras lágrimas antes contenidas, y recién en los brazos de Carmen se desmoronó la fuerza que en esas semanas me había animado. Me entregué a su abrazo y, deshecho y vacío, dejé que me contuviera el único lugar al que quería pertenecer.

De mi estadía en Buenos Aires no me quedaron fotos ni recuerdos - la ciudad fue para mí una habitación de hospital, el departamento de mi padre y el

recorrido entre esos dos lugares. Lo que en verdad me queda son las noches de guardia, los días enteros de vigilar el mal sueño de mi padre. Y en esos momentos seguí platicándole de nuestras cosas, de todo aquello que me dolía decirle cuando estaba despierto. Una de esas noches encendí la computadora portátil, en un intento por redactar los trabajos que apenas volviera debería presentar en la facultad, pero me encontré escribiendo las mismas palabras que antes le decía a la habitación. Desde ese momento, solo en el hospital, escribí desde Buenos Aires sobre DF, sobre cómo recordaba Buenos Aires desde DF. Escribí, día por día, todo lo ocurrido desde el momento en el que empezaba a anunciarse lo que ya estaba por llegar a su desenlace. Escribí estas páginas, que hoy completo de regreso en México, ya instalado en la casa de Carmen, ya de vuelta con mi familia, en mi ciudad, en mi país. Aquí, de donde soy.